

La marginalidad urbana: una teoría olvidada

Mario Bassols

No hace muchos años la *marginalidad urbana* era un tema de moda en los estudios sobre problemas de desarrollo capitalista latinoamericano. Su época de "auge" se corresponde precisamente con la etapa final del proceso de sustitución de importaciones, tantas veces mentado en los trabajos de economistas y sociólogos consagrados al estudio de la industrialización nacional, fundamentalmente durante la década de los setenta. La siguiente década verá crecer la producción de investigaciones sobre —aparentemente— un "nuevo" fenómeno socioeconómico: el *sector informal*.

De hecho, hubo en un principio un traslape del sector marginal con el informal,¹ toda vez que la concepción teórica marginalista no sólo se había desgastado —por sus connotaciones dualistas: un sector integrado o moderno vs. un sector marginal o no integrado—, sino que en la realidad había sido incapaz de ofrecer una explicación coherente e integral acerca de la problemática del empleo-subempleo-desempleo, o en otras palabras, de la incorporación de la fuerza de trabajo al mercado capitalista sea en los países "desarrollados" o en los "periféricos".

Si en un principio los problemas de la pobreza, y en particular de la pobreza urbana, ocuparon la atención de los intelectuales "críticos" o de "izquierda", en los ochenta serán los ideológicos neoliberales de "derecha" quienes asuman la crítica de estos

¹ Connolly, Priscilla, "Dos décadas de 'sector informal'", *Sociológica*, núm. 12, Departamento de Sociología de la UAM-Azcapotzalco, México, enero-abril de 1990.

fenómenos y la enfilen hacia propuestas y conclusiones distintas a los primeros, con implicaciones políticas muy claras según Connolly.²

En el desarrollo del artículo proporcionaremos una apretada síntesis de las interpretaciones más difundidas de la teoría de la marginalidad en la región latinoamericana, a fin de mostrar cómo la discusión que se desarrolló en torno a ella y prácticamente a todos sus niveles, desembocó en un paulatino abandono en el uso de ese término y en su reemplazo por el hoy famoso "sector informal". Ello, a pesar de que los problemas a los cuales empíricamente se referían ambas concepciones se volvieron más agudos y contrastantes a partir de la crisis general de las economías nacionales latinoamericanas que sobreviene al inicio de los ochenta. Este trabajo asume la crítica a ambas teorizaciones —en esencia una sola— y, en tal medida, las considera como parte del mito existente sobre la modernidad capitalista.³

I

El debate sobre la teoría de la marginalidad tiene sus principales antecedentes en los efectos del "proceso de industrialización por sustitución de importaciones" iniciado entre los años treinta y cuarenta en varios países de América Latina.⁴ Bajo este modelo se pensaba poder lograr en la región un desarrollo económico autosustentado y controlado nacionalmente. Así, la contribución de la industria a la generación masiva de fuentes de trabajo para la población en edad activa era un factor primordial, en el reconocimiento de que la industrialización era "una exigencia ineludible del desarrollo latinoamericano".⁵

² *Ibid.*, p. 91.

³ Para una crítica a la teoría del sector informal véase el ya citado texto de Priscilla Connolly, el cual ahonda en el uso propiamente político que se le ha dado en los últimos años.

⁴ CEPAL, "Principales características de la evolución histórica de la industria latinoamericana", en Max Nollf, *El desarrollo industrial latinoamericano*, FCE, Col. Lecturas, núm. 12, México, 1974.

⁵ *Ibid.*, p. 79. La obra de la CEPAL es muy extensa y sus primeros trabajos datan de hace más de 40 años. Es indudable su enorme influencia en el pensamiento social latinoamericano, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo, a pesar de que fuese sometida a una enojosa crítica años más tarde, con el surgimiento de interpretaciones críticas en la región. A este respecto se pueden señalar tres de sus principales logros: a) la CEPAL constituyó un verdadero pensamiento sobre

En la no tan lejana década de los setenta, las tesis “desarrollistas” de los teóricos de la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL) entendían la marginalidad como una “integración aún no alcanzada”, es decir, como una mera fase o estado de transición hacia la “sociedad moderna”, idea que se apoya en una concepción ideal de la sociedad “integrada hacia dentro”. Empero, el origen del término, a pesar de designar un fenómeno social, provendría de un esquema de análisis funcional de la sociedad, que plantea la existencia de un sector o sociedad tradicional en contraposición con la sociedad moderna, como lo hacen ver los trabajos de Germani.⁶

Podríamos hablar, entonces, de una sociedad dual: participante vs. no participante, y de una población integrada participante vs. una población integrada no participante. En términos similares lo planteaba la corriente culturalista del Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina (DESAL), organismo internacional dirigido por Roger Vekemans. Su tesis central era la de la existencia “en todos los países de América Latina de un vasto sector de la población en condiciones de marginalidad. Esta situación aparece caracterizada por la falta de participación pasiva —no recepción de los beneficios y recursos que la sociedad otorga a sus miembros— y activa —no participación en la red de decisiones de la sociedad— de estos grupos. La no participación sería el resultado de la falta de integración interna de los grupos marginales. El hombre marginal se caracteriza por la incapacidad de modificar su situación por propia iniciativa”. En consecuencia, según el DESAL la superación de la marginalidad sólo podría lograrse vía la

América Latina considerada en su conjunto, el cual trató de diagnosticar y explicar las causas de su subdesarrollo; b) creó, además, un proyecto global de políticas para superar las condiciones de atraso en la región, y éste quizás fue el aspecto más criticado de la CEPAL por las conclusiones ideológicas sobre el desarrollo que dichas propuestas arrojaban; c) sus investigaciones proporcionaron muy valiosa información empírica sobre cada uno de los países y sobre Latinoamérica en general, la cual sigue utilizándose persistentemente en innumerables estudios (tan sólo pensemos en el Informe Anual de la CEPAL, que de por sí constituye un enorme esfuerzo de sistematización de datos —muchos de ellos todavía preliminares— e interpretación global de los problemas de la coyuntura económica). Para una apreciación de conjunto de las diferentes corrientes del pensamiento social en América Latina hasta antes de la década de 1980, véase el libro de Solari, Aldo, Rolando Franco y Joel Jutkowitz, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI Eds., México, 1976.

⁶ Germani, Gino, *El concepto de marginalidad*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1973. Del mismo autor, véase “La ciudad, el cambio social y la gran transformación”, en Germani, G., (comp.), *Urbanización, desarrollo y modernización*, Paidós, Buenos Aires, 1976.

actuación de "agentes externos" que organizaran a los marginales.⁷ Dicha corriente no sólo dejaba sin explicar las causas estructurales de la marginalidad social —no era su propósito hacerlo— sino que demostró, en su momento, un contenido fuertemente ideológico y manipulador de los pobladores latinoamericanos, sobre todo cuando se intentó aplicar durante el gobierno demócrata-cristiano de Frei en Chile (1964-1970).⁸

Una concepción distinta sobre los sectores marginales proveniría de la teoría de la "cultura de la pobreza" elaborada por el antropólogo Oscar Lewis. Gracias a la convivencia cotidiana con familias de los sectores pobres en ciudades de distintos países del continente (México, Puerto Rico, EE.UU., Cuba), realizó aportes fundamentales a la investigación antropológica urbana y atrajo la atención de los investigadores sociales en torno a uno de los sujetos sociales "olvidados" de la sociedad urbana contemporánea.⁹

En Lewis, la "cultura de la pobreza" se concebía como un sistema de vida compartido por un gran sector de los pobres, una de cuyas características cruciales era la "falta de participación efectiva y de integración del pobre en las instituciones más importantes de la gran sociedad".¹⁰ Sin ánimos de profundizar en tal concepción, pero sí de especificar nuestro particular punto de vista, podríamos señalar, brevemente, tres críticas a esta visión:

a) Oscar Lewis plantea un esquema inadecuado de análisis de la organización social de los pobres, el cual lo conduce a simplificar el problema y su comprensión global en términos analíticos.

b) La cultura de la pobreza tiende a autoperpetuarse a través de sucesivas generaciones, convirtiéndose así en un círculo vicioso¹¹ donde la idea del fatalismo y de la desesperanza aprendida es persistente en el pensamiento del autor. De nuevo, serían los agentes o procesos "externos" quienes deberían encargarse de romper tal círculo vicioso.

⁷ Pastrana, Ernesto y Mónica Threlfall, *Pan, techo y poder. El movimiento de pobladores en Chile (1970-1973)*, Eds. SIAP-Planteos, Buenos Aires, 1974, p. 21.

⁸ Morley, Morris y Steven Smith, "El imperialismo y su política en Chile. La política del Estado y el papel de la CIA", *Problemas del desarrollo*, núm. 30, IIEC-UNAM, México, 1977, p. 85.

⁹ Lewis, Oscar, *Antropología de la pobreza. Cinco familias*, FCE, México, 1980.

¹⁰ Lewis, Oscar, "La cultura de la pobreza", en *Cuadernos ANAGRAMA*, núm. 28, Barcelona, 1972.

¹¹ Oliven, Rubén George, "Aspectos económicos, políticos y culturales de la marginalidad urbana en América Latina", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, IIS-UNAM, México, 1981.

c) Finalmente, su concepción de la participación política es restringida. Según ésta, los miembros que pertenecen a una cultura de la pobreza jamás llegan a tener una participación efectiva en las decisiones políticas de su barrio, colonia o vecindad.

Con todo, la teoría de la "cultura de la pobreza" destacó, dentro del debate sobre la marginalidad, determinados aspectos de la cultura, formas de vida y relaciones sociofamiliares de los sectores urbanos pobres que han sido retomados en estudios más recientes sobre la cultura popular urbana.¹²

II

La secuela dejada por el proceso "sustitutivo" de importaciones en América Latina fue muy distinta a la esperada por teóricos de la CEPAL; ya en los setenta era claro que se había dado una mayor concentración de la riqueza producida socialmente, la cual había ido a parar a las grandes empresas capitalistas, a los monopolios y a los trusts comerciales y financieros; también había aumentado la pobreza urbana y rural. En suma, la economía latinoamericana se volvió más dependiente, incluso en términos tecnológicos y financieros. Evidentemente ello se agravó en los ochenta por la crisis económica global, de impactos diferentes en cada país. Pero como muestra intención es tan sólo delinear el "contexto" general del problema, remitimos a la extensa bibliografía producida durante estas dos últimas décadas a quien esté interesado en profundizar en ello.¹³

Es conocida la "desilusión" de varios miembros de la CEPAL ante el estrepitoso fracaso de la llamada "alianza nacional popular desarrollista"¹⁴ (Faria 1978:26). Al respecto, el abandono de la CEPAL por aquéllos contribuirá a producir una nueva interpretación del desarrollo latinoamericano y, en específico, del fenómeno de la marginalidad urbana.* Así surge la versión dependentista sobre

¹² Una apreciación crítica de la obra de Lewis puede verse en Ch. Valentine, *Cultura y pobreza*, Amorrortu, Buenos Aires.

¹³ Véase, entre otros, el anexo bibliográfico del libro de Sheahan, John, *Modelos de desarrollo en América Latina. Pobreza, represión y estrategia económica*, Alianza Editorial Mexicana/CONACULT, México, 1990.

¹⁴ Faria, Vilmar, "Desarrollo económico y marginalidad urbana: los cambios de perspectiva de la CEPAL", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, IIS-UNAM, México, 1981, p. 26.

* Esto no quiere decir que la CEPAL no haya redefinido posteriormente su posición sobre los problemas del desarrollo latinoamericano, como lo hace ver Aníbal Pinto (1983).

la marginalidad a fines de los sesenta, cuyos principales intérpretes (entre quienes destacaron Aníbal Quijano y José Nun) realizaron una crítica “marxista” de las diversas interpretaciones hechas hasta entonces sobre la marginalidad. Es en este corte del pensamiento social latinoamericano en el que nos detendremos para examinar ciertos aspectos comunes a la obra de los autores arriba citados, por considerarlos básicos si se quiere analizar y criticar dicho enfoque.

III

En primera instancia conviene hacer algunas consideraciones en torno a los fundamentos epistemológicos en que se apoyan estos autores para explicar el concepto. José Nun, en un artículo ya clásico sobre el tema,¹⁵ hace explícita la orientación adoptada. Es notable aquí el influjo teórico de Louis Althusser (¿quién se acuerda hoy de él?) respecto a cómo interpretar el materialismo histórico. Acaso la explicación tenga un sabor demasiado barroco en estos tiempos “modernizadores”. A saber:

a) Un relectura y “actualización” de los conceptos básicos marxistas.

b) A partir de ello, la formulación de una teoría del modo de producción, articulada en tres instancias relativamente autónomas: la económica, la ideología y la jurídico-política.

c) De igual manera, la división-fragmentación del materialismo histórico en una teoría general que abarca todos los modos de producción, teorías particulares sobre cada modo de producción y teorías regionales sobre los niveles de articulación de cada modo de producción.

d) Por último, la concepción de un Marx “joven” y un Marx “maduro”, expresado en el paso de los *Manuscritos económico-filosóficos* de 1848 a obras como *El capital* y *Los Grundrisse*. En otras palabras, un Marx “humanista” y un Marx “científico”.

Respecto a esta posición se generó una amplia polémica teórica que, ciertamente, aportó puntos a favor y puntos en contra, polémica a la cual no nos vamos a referir. No obstante, más allá de estos fundamentos apenas delineados subyacen otros elementos que complejizan la problemática de la marginalidad y la vuelven

¹⁵ Nun, José, “Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal”, *Revista Latinoamericana de Sociología*, núm. 2, Buenos Aires, 1969.

más confusa, como es el hecho de retomar del funcionalismo latinoamericano algunos términos limitadamente explicativos de la organización de la sociedad capitalista. Es el caso del manejo de términos como función, estratos, etc., aun cuando fuera distinto su uso.

En esencia, lo original del nuevo planteamiento es que pone el énfasis en el análisis de la esfera de la producción. Así, Quijano y Nun caracterizan a la marginalidad como el fenómeno de desocupación y subocupación de grandes sectores de la población en América Latina. Pero más importante es denotar su original interpretación del llamado Ejército Industrial de Reserva (EIR) y de la superpoblación relativa. En efecto, ambos autores establecen una diferenciación entre EIR y superpoblación relativa, términos usados indistintamente por Marx para referirse a aquella población que no forma parte de los obreros en activo y que es excedente relativo para la industria capitalista en general.¹⁶ Aparece, entonces, una *reconceptualización* de la Ley de Población del régimen capitalista formulada por Marx.

Nun aduce que si bien en la etapa del capitalismo competitivo la superpoblación relativa era igual al EIR —al ser funcional para las necesidades medias de explotación del capital—, en la etapa del capitalismo monopolista contemporánea la identificación univalente se anula. Es preciso distinguir ahora, en el mercado de trabajo de los grandes monopolios, una masa marginal afuncional o disfuncional que se separa analíticamente del EIR. En tal caso, la funcionalidad se entendería en dos sentidos: a) directa, es decir, en el mercado de trabajo; b) indirecta, o sea, a nivel de los salarios.

Asimismo, Nun encuentra dos mercados de trabajo que se denotan por la distinta composición orgánica del capital: a) el del capital industrial “competitivo”, y b) el del capital industrial “monopolístico”, compuesto este último en su mayoría por empresas transnacionales que ahorran mano de obra poco calificada a través de la utilización de maquinaria altamente tecnologizada. Por ello, los desocupados constituirían una fuerza de trabajo prescindible para el capital monopolista, perdiendo así su función como depresores de los salarios.

Quijano se expresa en términos semejantes a Nun cuando habla de un polo marginal o de una población marginalizada diferente al EIR al no tener posibilidades reales de ser empleada en la estructura

¹⁶ Marx, Carlos, *El capital. Crítica de la economía política*, vol. 1, FCE, México, 1972, p. 533.

económica dominante. Incluso aclara que no sólo existe una población marginalizada con respecto al sector dominante de la economía, sino actividades marginales frente a los monopolios extranjeros.¹⁷ En la fase del capitalismo monopolista se genera, entonces, una mano de obra marginalizada que crece en mayor proporción al EIR. El proceso de cambio tecnológico produce un polo marginal de la estructura económica no integrado a las características de dicho proceso. Quijano aduce que el núcleo central de la economía es el más avanzado tecnológicamente, y por ello desplaza del trabajo a un contingente cada vez mayor de población al reducir las necesidades de cantidad de mano de obra en las grandes industrias. Se forma, así, una masa marginal cada vez más amplia en relación al mercado de trabajo monopolístico. Al respecto, en el concepto de masa marginal quedan incluidos los siguientes sectores de la fuerza de trabajo:

a) Parte de la mano de obra ocupada por el capital industrial competitivo.

b) La mayoría de los trabajadores de actividades terciarias.

c) La mayoría de los desocupados.

d) La totalidad de la fuerza de trabajo del capital comercial.

La masa marginal o población marginalizada deja de constituir una palanca de acumulación de capital en razón de la ley del desarrollo desigual y combinado, lo que en el enfoque adoptado por Nun coloca a todas las formas precapitalistas de producción fuera o al margen de la esfera de producción de capital.

Tales consideraciones fueron revisadas por varios autores críticos del marginalismo, entre ellos Carlos Toranzo,¹⁸ quien se definía por la no separación (ni analítica ni real) entre EIR y superpoblación relativa, al ser sólo un fenómeno aparente la superpoblación obrera permanente. Por ejemplo, el contingente de desocupados se canaliza cada vez más hacia el denominado sector terciario de la economía, en el cual, según diversos estudios, se halla bajo una relación de subordinación salarial en las grandes áreas urbanas.

Además, ¿cómo explicar el surgimiento de las maquiladoras y su introducción masiva en los países latinoamericanos y, en general, a nivel mundial? El concepto unilateral y restringido del EIR que sostienen ambos autores limita, en efecto, la comprensión de los

¹⁷ Quijano, Aníbal, "Dependencia, cambio social y urbanización en Latinoamérica", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, IIS-UNAM, México, 1968, p. 560.

¹⁸ "Notas sobre la teoría de la marginalidad social", en *Historia y sociedad*, núm. 13, México, 1977.

nuevos procesos de transnacionalización de las economías periféricas o “dependientes”,¹⁹ donde, como el caso mexicano, la industria maquiladora se convierte en la piedra angular de la reconversión industrial.²⁰ Como apuntan Pradilla y Castro,²¹ una de las condiciones básicas para la existencia objetiva de la maquila es la *sobreexplotación* de la fuerza de trabajo, pues como ahí mismo se apunta “el mantenimiento generalizado del salario mínimo como remuneración a la fuerza de trabajo hace que los flujos monetarios sean muy bajos, las condiciones de vida sean miserables y su impacto ‘multiplicador’ sobre la economía interna muy débil”.²² Pero para lograrlo ha habido una profunda reestructuración y subordinación sindical a las necesidades impuestas por las firmas transnacionales.

La nueva estructura ocupacional creada con la “maquiladorización” —donde los elementos de la producción, capital y trabajo no están insertos en el mismo contexto espacial—,²³ hace pensar en el surgimiento de procesos sociales, nuevos todavía, no contemplados por los teóricos de la marginalidad y sin los cuales, empero, los problemas del empleo y del “subempleo” se vuelven incomprensibles, no sólo desde un enfoque regional (p.e. las maquiladoras en las ciudades fronterizas en México), sino en el marco de la política económica nacional y de las tendencias generales de la economía.

IV

Tanto Quijano como Nun aceptan que la marginalidad no es un fenómeno exclusivo de las sociedades dependientes, sino una expresión estructural del capitalismo en su fase monopolista. Pero dadas las limitaciones que impone la dependencia a los países latinoamericanos, la marginalidad es aquí mucho más amplia y significativa.

Según Quijano la génesis del proceso de marginalización hay que buscarla en las tendencias estructurales de la economía latinoame-

¹⁹ Bennholdt-Thomsen, Veronika, “Marginalidad en América Latina. Una crítica de la teoría”, *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, IIS-UNAM, México, 1981.

²⁰ Quintero, Cirila, “Sindicalización en la maquila”, *CIUDADES*, núm. 5, Red Nacional de Investigación Urbana, México, 1990.

²¹ Pradilla, Emilio y Cecilia Castro, “Las fronteras de la maquila”, *CIUDADES*, núm. 5, Red Nacional de Investigación Urbana, México, 1990, p. 13.

²² *Ibidem*, p. 12.

²³ Quintero, Cirila, *op. cit.*, p. 34.

ricana, cuya modalidad es impuesta por los países dominantes. Consiguientemente, las actividades económicas se organizan y reorganizan en función de los intereses de los países dominantes y de su fracción de clase en el poder.

El papel de la tecnología es básico en este punto, pues estaría subordinada al capital extranjero, y, es, de por sí, importada o escasamente producida por las economías locales. Esta aclaración permite comprender por qué ahora los países capitalistas hegemónicos ya no impiden el proceso de industrialización en América Latina, puesto que la "controlan" y la gestionan, con lo cual el proceso de dominación (dependencia) se vuelve más complejo: se reorganiza el mercado internacional, se reestructura la división internacional del trabajo. El mercado de trabajo en los países dependientes se torna excluyente.

Nun agrega que la masa marginal se forma a partir de la dependencia tecnológica en la región, de un atraso agrario con respecto a Europa y los Estados Unidos y, muy especialmente, porque no hubo *acumulación primitiva* en América Latina, lo cual redujo las posibilidades de expansión de un capitalismo nacional desligado de las antiguas potencias colonialistas y aumentó enormemente las posibilidades de expansión del capitalismo norteamericano, fundamentalmente.

En ambos autores la marginalidad tiene un carácter "novedoso" dentro del mismo capitalismo, y tal novedad no tiene lugar sino a partir del condicionamiento "externo" del proceso de industrialización en América Latina. Es esta visión de "afuera hacia adentro", unívoca, la que establece relaciones mecánicas entre dependencia y marginalidad, asunto cuestionable, en primer lugar porque no siempre coinciden las empresas monopólicas con la inversión extranjera. Tal es el caso de considerables inversiones de capital por parte de empresarios nacionales en países como Argentina y México, por ejemplo.²⁴ Tan sólo pensemos en la reciente venta de Minera Cananea por el gobierno mexicano al jerarca industrial Jorge Larrea, quien desde ahora ejercerá el monopolio casi absoluto de la explotación y venta del cobre en nuestro país. Y por ahí va la reprivatización de la banca...

Una crítica benévola plantearía algo más o menos así: la dependencia puede jugar un papel importante dentro de los

²⁴ Michel, Marco A., "Dependencia y marginalidad", en Héctor Díaz-Polanco *et al.*, *Indigenismo, modernización y marginalidad. Una revisión teórica*, Juan Pablos Editor, México, 1979, p. 177.

factores causales de la "marginalidad", pero habría que verificar su peso relativo. Esto casi nos deja igual: se acepta entonces la existencia de la marginalidad como tal sin discutir su validez conceptual ni sus implicaciones teóricas. Algunos teóricos brasileños como Cardoso, Singer y Kowarick elaborarán nuevos argumentos a propósito de la teoría de la marginalidad sin ofrecer, sin embargo, una salida conceptual distinta. Veámoslo brevemente.²⁵

En primer lugar, Fernando Cardoso afirma que es posible el desarrollo capitalista en la periferia, contraponiendo así sus antiguas y más conocidas tesis sobre la dependencia de Latinoamérica.²⁶ La marginalidad correspondería sólo a una fase específica del desarrollo capitalista, de manera que no se justifica un término especial como el de la marginalidad para designar a la superpoblación relativa en el capitalismo subdesarrollado, pues la absorción y liberación de fuerza de trabajo se presenta en forma de ciclos tanto en países capitalistas desarrollados como dependientes. Ya en otro escrito se había extendido ampliamente en comentar los trabajos de Nun, precisamente en el primer número de la Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales,²⁷ comentarios a los cuales contestará Nun poco después en un tono igualmente polémico.

Por su lado, Paul Singer se opone a la idea de que el capital monopolista extranjero sea el culpable del atraso de los países dependientes. Formula una crítica a Quijano respecto a su tesis de la marginalización de determinadas ramas de la producción (empresas no monopolistas) frente al sector monopolista hegemónico de la economía, al ser ello un fenómeno específico de la dependencia. Empero, Singer no rechaza la existencia de la marginalidad. El problema central del empleo estriba, según el autor, en el "desarrollo demasiado escaso de las fuerzas productivas". En este sentido la desocupación y la subocupación urbanas tienen sus principales raíces en el campo, y no es la introducción de nuevas tecnologías las que producirán inevitablemente mayor desocupación.

Lucio Kowarick rechaza que en las condiciones de dependencia no sea posible un desarrollo capitalista, pero asimismo desmiente

²⁵ Una mayor explicación de estas ideas en Bennholdt-Thomsen, Verónica, *op. cit.*

²⁶ Cardoso, Fernando Henrique y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI Eds., México, 1969.

²⁷ Cardoso, Fernando Henrique, "Comentarios sobre los conceptos de superpoblación relativa y marginalidad", *Revista Mexicana de Sociología*, núms. 1-2, ELAS-ICIS, Santiago, 1971.

la tesis de una supuesta dinámica acumulativa progresiva. La experiencia del modelo del "milagro brasileño" de los sesenta cuya crisis tiene lugar entre 1973-74, sirve de base para poner en entredicho una serie de supuestos en torno a los factores causales de la marginalidad. Plantea que, incluso en la fase de mayor expansión y dinamismo de la economía brasileña, el proceso de marginalidad no sólo no se estanca, sino que crece en esos años. A diferencia de Singer, el trabajo marginal se dará sobre todo en momentos de una economía dinámica y no de una estancada. Para Kowarick el concepto de marginalidad se expresa en "formas de integración en las estructuras de producción, que no son típicamente capitalistas". El trabajo marginal se expresa en formas de incorporación marginal a la división social del trabajo. De todo ello se concluye que la marginalidad no es un elemento ajeno a la acumulación capitalista, sino que es parte integrante del mismo proceso.²⁸

De tal magnitud fue el debate que en él intervinieron científicos sociales de otras latitudes, fundamentalmente críticos de izquierda europeos como Alain Touraine y Bennholdt-Thomsen, con los cuales creemos se cierra un no muy afortunado pero extenso capítulo de la sociología latinoamericana, imposible de resumir en este espacio.

Alain Touraine critica, con cierta razón, a los teóricos del modelo de acumulación brasileño por querer explicar todo o casi todo por la lógica del capital mismo. Para él la marginalidad urbana encuentra sus causas en el sector agrario, y la define como "un signo de la desarticulación de la sociedad dependiente, de la falta de coordinación de los sectores dominantes y los dominados en el empleo".²⁹ Así, existe una relación estrecha entre migración y marginalidad. Tal parece que se entendiera por marginalidad algo muy distinto a lo planteado por los autores antes mencionados, y éste será precisamente uno de los puntos más inconsistentes: la falta de precisión del término, o mejor dicho, el uso indiscriminado que se hizo de un concepto indefinido empíricamente y confuso en su encuadramiento teórico. ¿Concepto puramente funcionalista? ¿Con un uso crítico marxista ahora transformado por los teóricos neoliberales?

Veamos, por último, las importantes reflexiones vertidas por la investigadora alemana Veronika Bennholdt-Thomsen,³⁰ quien rea-

²⁸ Bennholdt-Thomsen, V., *op. cit.*, p. 1515.

²⁹ Touraine, Alain, "La marginalidad urbana", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, IIS-UNAM, México, 1977, p. 1124.

³⁰ *Op. cit.*

lizó una de las más agudas críticas a la teoría de la marginalidad y aportó nuevos elementos para su discusión. Inicialmente, la autora hace una crítica del marxismo clásico, en el sentido de la ineptitud de su aparato conceptual para analizar la existencia de fuerza de trabajo no asalariada que simultáneamente “combina las actividades más diversas, [la cual] no es en absoluto un fenómeno aislado o extraordinario, sino que representa una característica estructural del modo de producción capitalista desde que existe”.³¹

En este sentido se intenta señalar, en su nivel adecuado, la importancia económica, social e histórica de las formas no asalariadas del trabajo, que en su conjunto constituyen una condición previa a la acumulación capitalista. A estas formas, que según la autora no encuentran una ubicación conceptual en el marxismo clásico, las denominará “producción de subsistencia”. Así aparece toda el área de la subsistencia, de la crianza de la generación siguiente familiar y del trabajo diario en la reproducción de la fuerza de trabajo. Asimismo, advierte que el capital trasnacional fomenta, por paradójico que lo sea, la proliferación de formas de trabajo no asalariadas, las cuales tienden a destruir relaciones de producción precapitalistas en determinados contextos sociales.

Tenemos, con todo ello, dos agentes principales en la producción de subsistencia: las amas de casa y la unidad doméstica campesina, pues ambos elementos sirven de soporte al proceso de explotación capitalista. En términos de método la teoría del valor desarrollada por Marx proporciona los elementos básicos para entender el trabajo de subsistencia. No hace falta, entonces, sino “ampliar” la teoría del valor hacia este campo de análisis. Pero también es necesario, según la autora, reanalizar “la determinación del tiempo de trabajo necesario, del plustrabajo y de la plusvalía”.³² De tal forma, el proceso de acumulación capitalista a nivel mundial opera en razón de un ejército industrial en constante aumento dentro de cada contexto “nacional”. Por ello su análisis debe partir de esta consideración general, y evitar juicios apresurados como, por ejemplo, el de que el EIR resulta de una determinada “falla” en un modelo de acumulación nacional.

Al ser la marginalidad un fenómeno universal del capitalismo, ésta seguirá existiendo tanto en los países desarrollados como en los periféricos. Sin embargo, a diferencia de las concepciones que

³¹ *Ibidem*, p. 1530.

³² *Ibidem*, p. 1532.

hemos venido reseñando, incorpora en su enfoque el problema de la participación económica de la mujer en la acumulación capitalista, y por lo tanto en la marginalidad. En sus palabras:

La mujer constituye el potencial del ejército industrial de reserva, cuya fuerza de trabajo puede ser absorbida y luego rechazada del proceso industrial de producción [...]. Mediante este mecanismo se reproduce el ama de casa de la sociedad y ella es marginalizada —forzada a reproducirse mediante el trabajo de subsistencia fuera de la relación salarial—, porque por nacimiento, vale decir existencialmente, está destinada a formar parte del ejército industrial de reserva.³³

Las reflexiones vertidas en este trabajo contribuyen al conocimiento de la sociedad capitalista actual, así como a la identificación de las clases sociales que ésta engendra y de sus posibilidades de liberación, tema al que sería necesario dedicar una mayor atención que la presente, en vista de su fundamental importancia.

Tan sólo una observación más al análisis realizado por la autora: a pesar de sus logros y aportes al debate —brevemente reseñados aquí— no rebasa un nivel economicista acerca del proceso de marginalidad y, en específico, de la mujer en la sociedad capitalista. La participación de las mujeres “amas de casa” en el proceso social de producción capitalista no se restringe a su papel como creadora de valores de uso doméstico, con los cuales se reproduce la fuerza de trabajo, sino que se amplía al contribuir a la creación de medios de consumo colectivos y, también por su fuerza social, por su capacidad de respuesta al deterioro paulatino de las condiciones de subsistencia, tanto en el ámbito urbano como en el rural. Hoy por hoy es ya incuestionable su participación política en los movimientos sociales urbanos de las clases dominadas en América Latina y en México, respecto a lo cual existe una amplia documentación.³⁴

³³ *Ibidem*, p. 1537.

³⁴ Massolo, Alejandra, “Las mujeres en los movimientos sociales urbanos de la ciudad de México”, *Iztapalapa*, núm. 9, UAM-Iztapalapa, México, 1983. De la misma autora, *Memoria del Pedregal, memoria de mujer. Testimonio de una colona*, Ed. Mujeres para el Diálogo, México, 1988.

Como hemos visto, los distintos esfuerzos de teorización han conducido a múltiples divergencias en torno al “objeto de estudio” y a no pocos enfoques encontrados. Entre ellos resalta, de manera muy significativa, una “nueva” interpretación del fenómeno a partir de la adopción de un concepto que privilegia “las características de su organización económica sugiriendo que la misma se encuentra complejamente articulada al sistema económico dominante (formal), el cual se constituye además en el paradigma de comparación”.³⁵

De tal forma, es posible hablar —en vez de “población marginal”— de un sector informal dentro de la economía capitalista, cuyo análisis debe aprehender la problemática completa de la superpoblación relativa “en una sociedad en la que el desarrollo del capitalismo se asienta en la superexplotación de [la fuerza de trabajo]”.³⁶ Un ya clásico de esta última interpretación, Víctor Tokman, se refería —a principios de la década pasada— al sector informal urbano en términos de su influencia sobre la “desigualdad económica”,³⁷ lo cual nos conduce a otro enfoque alejado de cualquier variante marxista y, más bien, ligado al análisis neoclásico de la economía, y por lo tanto, a otras preocupaciones teóricas tales como la determinación del ingreso, la estructura del mercado, la maximización del ingreso, etc.

En realidad, la nueva orientación teórica —nueva nomenclatura para algunos— ha tenido muchos adeptos y con apoyos financieros ha promovido colectivos de investigación de un amplio espectro y en prácticamente todos los continentes del mundo. La informalidad urbana también se ha entendido de múltiples formas y hoy parece imposible un sentido unívoco en el cual todos sus intérpretes se pongan de acuerdo: hay quienes hablan de la “economía subterránea”, del “autoempleo”, de “estrategias de supervivencia”, cuando se trata de asuntos y procesos socialmente divergentes.³⁸

³⁵ Laserna, Roberto, “Superexplotación y sector informal (Notas preliminares para un debate teórico)”, *Problemas del Desarrollo*, núm. 50, IIEC-UNAM, México, 1982, p. 52.

³⁶ *Ibidem*, p. 165.

³⁷ Tokman, Víctor, “La influencia del sector informal urbano sobre la desigualdad económica”, *El Trimestre Económico*, núm. 192, FCE, México, 1981.

³⁸ Su imprecisión es tal que sobre la categoría de informalidad sólo hay acuerdos en sus términos convencionales, donde el sector informal urbano es “aquel que incorpora la variedad de actividades que desempeña la población que busca sobrevivir fuera de los circuitos del empleo tradicional y moderno de las ciudades. (...) Crecientemente, el sector informal urbano ha tendido a consolidarse

El famoso libro de Hernando de Soto, *El otro sendero*,³⁹ prologado por Mario Vargas Llosa, amplía la definición del sector informal a casi todo aquello relacionado con las actividades económicas "ilegales". Cabe decir que por ser el principal exponente de las posiciones del neoliberalismo y debido a la gran publicidad otorgada a este libro, ha motivado sucesivas críticas (la más contundente quizás sea la de Emilio Pradilla).⁴⁰

Otros estudiosos prefieren evadir el dualismo implícito entre lo formal y lo informal, y hablan de una "economía real" en las ciudades.⁴¹ Esta concepción va más allá de lo propuesto por la Organización Internacional del Trabajo (OIT), quien considera a la organización de la producción como la característica definitoria del sector. Es decir, en su análisis se incorporan "las relaciones informales para la distribución, el consumo y otra serie de actividades relevantes desde un punto de vista social y cultural".⁴² Una consideración metodológica que no deja de ser interesante y que trata de ir "más allá" del sector informal y de la marginalidad urbana, conceptos ambos impropios para calificar procesos sociales cuyas raíces más profundas se encuentran en el sistema económico de explotación de la fuerza de trabajo a escala nacional y mundial y en el marco del desarrollo desigual y combinado del capitalismo.

La década de 1980 sumió a la teoría de la marginalidad en el olvido. Para América Latina, en especial, fue una década crítica.

como para asegurar la subsistencia de sus participantes, e incluso, posibilitar su desarrollo". Cf. Galilea, Sergio, Ricardo Jordán y Jacqueline Weinstein, "La economía real del Área Metropolitana de Santiago: más allá de la dicotomía formal-informal", *Revista Interamericana de Planificación*, núm. 85, SIAP, México, enero-marzo de 1988, p. 77. Los autores reconocen la estrecha vinculación entre informalidad y marginalidad, aunque, "en términos analíticos", la segunda podría identificarse con el límite inferior del sector informal por sus fuertes características de "exclusión" (*Ibid.*, p. 85). De nuevo nos encontramos con el uso ambiguo de ambos términos.

³⁹ De Soto, Hernando, *El otro sendero*, Diana, México, 1987.

⁴⁰ Véase su reseña crítica aparecida en *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm. 8, El Colegio de México, México, 1988. Después de su publicación fue claro que quienes más estaban interesados en promover la existencia de la informalidad urbana ("legalizar la pobreza") eran los intelectuales más claramente identificados con la ideología pro-empresarial en América Latina (en México propagada por TELEVISIÓN a la cabeza). De ahora en adelante, cada quien puede "emplearse a sí mismo", desde mercachifles, vendedores de ropa o mecánicos de automotores sin registro. A fin de cuentas, ¿para qué queremos a Hacienda?

⁴¹ Sánchez, Vicente, "Estructuras de lo cotidiano y funcionamiento de la 'economía real' en las ciudades: más allá de la dicotomía formal-informal", *Revista Interamericana de Planificación*, núm. 85, SIAP, México, 1988.

⁴² *Ibidem*, p. 16.

Falta hacer un balance más serio para afirmar cuánto se perdió y no fatalizar, como la CEPAL, cuando considera a esta década como "perdida" para la región. Las ciudades —no importa el tamaño— vieron crecer como nunca los suburbios pauperizados, pero también la lucha por el espacio en los centros urbanos se volvió una lucha cotidiana por la supervivencia, que por cierto recuerda los primeros desarrollos teóricos de la famosa Escuela de Chicago allá por los veinte.

Con todo, apenas se comienza a abrir una línea investigadora de grandes implicaciones y alcances a partir del redimensionamiento analítico de las "redes de supervivencia", la cual va más allá de la perspectiva propiamente antropológica para insertarse cada vez más, en los noventa, en el trabajo interdisciplinario de la investigación urbana.⁴³ En esta línea cabe destacar el papel jugado por las organizaciones populares a nivel barrial, municipal o nacional en la formulación de "estrategias de supervivencia", es decir, en buscar el acceso a bienes y servicios básicos (tales como alimentos, energía y vivienda) de los grupos sociales carentes de ellos.

Dicho enfoque supone la necesidad de conocer las peculiares formas de interacción entre los diversos actores sociales involucrados (intermediarios y autoridades) en el marco de un sistema político nacional y/o regional en los países latinoamericanos. En otras palabras, supone la existencia de varios modelos de participación e interacción social en las estrategias de supervivencia, ciertamente, moldeados por el carácter y las formas de comportamiento del régimen político de cada nación.⁴⁴

La propuesta analítica se centra, entonces, en el estudio de las relaciones entre Estado y sociedad civil a propósito de la supervivencia de grandes sectores urbanos y rurales de la población, cuyas condiciones de vida han sufrido un profundo deterioro económico y social. Por un lado, no es raro que cada vez más se hable de condiciones de miseria económica en las ciudades, por ejemplo, y no de "pobreza", término menos dramático; por otro, es también cierto que en la crisis económica actual las "clases medias pauperizadas"

⁴³ Una buena muestra de las tendencias más recientes de investigación en la región puede verse en el volumen compilado por Martha Scheingart *et al.*, *Las ciudades latinoamericanas en la crisis*, Trillas, México, 1989, en donde aparecen varias contribuciones al tema de prestigiosos estudiosos.

⁴⁴ Véase Finquelievich, Susana, "Estrategias de supervivencia en las ciudades latinoamericanas: acceso a la satisfacción de necesidades básicas", *Revista Latinoamericana de Planificación*, núm. 85, SIAP, México, 1988.

han debido incorporarse en crecientes contingentes a “acciones de supervivencia”: compras comunitarias, venta de ropa y bienes en oficinas y a domicilio, comerciantes de tianguis, entre otros.

Como quiera que sea, son múltiples y complejas de entender las acciones de supervivencia desarrolladas por “grupos informales” en la ciudad, desde aquellas que excluyen el apoyo de las instituciones del Estado hasta aquellas otras que fundamentan su participación en las medidas de “solidaridad” instrumentadas por el Estado (un caso típico es el de PRONASOL en México) y cuyo impacto político en las comunidades locales se desconoce en nuestro país. Otras experiencias apuntan, sin embargo, hacia una virtual incorporación e integración de los grupos comunitarios al Estado.⁴⁵

Son muchas las posibles líneas de investigación que se han sugerido alrededor de este núcleo de la problemática social.⁴⁶ En México, los investigadores urbanos tienen, en efecto, un serio desafío teórico para desentrañar la compleja red de relaciones sociales desarrolladas en la “vida” de las ciudades mexicanas contemporáneas: cómo funcionan y cuáles son sus “efectos” en la conformación del espacio y en el proceso de segregación urbana, consubstancial al modelo económico dominante en nuestro país.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 56.

⁴⁶ Algunos de éstos son, según Susana Finkelievich, *op. cit.*: “La definición de los objetivos reales de los grupos de habitantes urbanos que participan en estos procesos, aparte de las influencias directas que pueden ser ejercidas por sindicatos y partidos políticos; el nivel real de consecución de estos objetivos, y los problemas y obstáculos enfrentados por los grupos comunitarios para llegar a una experiencia exitosa; los impactos eventuales de las medidas destinadas a facilitar el acceso a los alimentos, la energía y la vivienda, sobre la organización espacial de las ciudades; la influencia de los cambios tecnológicos en la capacidad de ejecución de estos proyectos; y el significado económico de estas medidas en relación con las políticas económicas que se llevan a cabo actualmente en América Latina”, p. 57.